

PREMIO AL PROFESOR HEBER RAVIOLO (*)

José María Obaldía

Ha quedado a nuestro cargo la honrosa y muy grata tarea de ofrecer a Heber Raviolo, testimonio del reconocimiento de esta Academia Nacional de Letras por su fecunda y ahincada gestión, ya de largas décadas en pro del libro.

Hubiéramos querido eludir la manida alusión a las dificultades que tal encargo entraña, pero para nosotros son tantas y de estirpes tales, que la misma se nos impone. Porque si bien acá, hoy, no cuentan las mentadas *generales de la ley* que constriñan juicios o dichos, sí juegan las que, de existir serían *generales del afecto* puesto que Heber Raviolo fue el primer amigo que me ofreció Montevideo, apenas entrando al Instituto Vázquez Acevedo a enfrentar mis preparatorios en el año 1950. Fue apoyo y estímulo fundamental para nosotros, recién llegando a pago extraño, encontrar un hermano de tierra y tiempo con el cual desde entonces y hasta hoy, seguimos manteniendo ceñido y cálido el fraterno abrazo.

Aceptamos, sin embargo, la empresa con limpia alegría. Porque nuestro cristal, permítasenos decirlo, es neto y fiel, dándonos únicamente imágenes genuinas. Además está entre nosotros la certeza de que hablamos entre quienes, quizá muchos, sentirán en más de un momento que lo que vayamos diciendo sobre Raviolo y su labor, ejes de este acto que nos congrega, está lejos de colmar lo que su magnitud y sus valores exigirían.

Y comprendemos que así sea. Ya que hace casi medio siglo que en nuestro suelo – debemos hablar en términos del país todo – existe Ediciones de la Banda Oriental y desde el nacimiento, su arboladura ha contado siempre como palo mayor el pensar, el sentir y el hacer de Heber Raviolo. De ellos salió el ancho y el largo de la melga, el rumbo de la cerca y la hondura del surco. Y la cosecha ha sido, libro a libro, la parcela quizá más auténtica de nuestra cultura oriental, por decirlo a la usanza de Artigas, gestando en su proceso una identificación creciente con el que tendría su brazo en el abanico fecundo de la siembra, hasta alcanzarse una identificación cabal entre esta y aquél.

Y surge acá, nuevamente, lo de oriental que es, seguramente, la raíz principal y más honda de tal siembra, porque está en la esencia misma de lo que ha aportado Banda – llanamente así ha resultado llamándosele – de presencia permanente en lo de volcar valores a la cultura nuestra toda.

(*) Texto leído el 26 de mayo de 2008 en la Casa de Herrera y Reissig

Confiamos plenamente en quienes nos escuchan aquí y ello nos excusa de testimoniarlo con nombres de autores nuestros – orientales, digamos una nueva vez – clásicos algunos, otros, quizás muchos, que con Banda hincaron el primer mojón del digno lugar que ocupan en nuestra literatura. Nos resulta imposible, sin embargo, y pedimos se nos excuse la excepción, el no citar el nombre de Juan José Morosoli porque el gran minuano tuvo en Banda, digamos en Raviolo, un tratamiento que plantó mas hondo y más firme el cimiento del sitial que hoy ocupa en el friso literario de nuestra tierra.

Nuestro añorado oficio nos impone recordar como apreciado fruto de ello, el tiempo en el que Perico fue ciudadano ilustre del mundo de nuestra Escuela Pública.

No piense algún desprevenido, si lo hubiere, que en ese acendrado y lúcido cultivo de lo nuestro por parte de Banda, haya pizca alguna de exclusiones de ningún orden. Toda literatura valiosa americana, europea, mundial llega mes a mes a cada puerta de los lectores de Banda Oriental, como amplia ventana abierta a todos los vientos en que nazca un libro de valores estimables.

Todo este invaluable proceso, amigos – redundemos porque nuestros alcances no logran librar a ustedes de ello – con Heber Raviolo en su núcleo más fecundo. Alguna vez he recordado, y hoy vale reiterarlo, la leyenda que lucía a la entrada de la primera escuela a la que llegué como maestro. Era un pensamiento de José Martí que dice, ceñida y totalmente: *Honrar, honra*.

Nuestra Academia Nacional de Letras se honra hoy honrando a Heber Raviolo.

Muchas gracias